

LA VÍA INICIÁTICA ATISBOS DE REALIDAD DIMENSIONES DE LA LIBERTAD

La libertad no está sujeta a concesiones ni privaciones humanas. Es un valor interior al que se llega como consecuencia de la evolución y la madurez espiritual. Pero éste no es un concepto religioso, en el sentido que suele darse al término, sino un proceso de crecimiento humano, de maduración. La libertad es un logro, un premio, el reconocimiento a un esfuerzo y a un trabajo... que con frecuencia ocupa muchas vidas a partir del momento en que se emprende.

Uno comienza a ser libre cuando el cuerpo deja de ser una cárcel, cuando uno es dueño de la casa y no su víctima. El cuerpo humano es semejante a una rampa de despegue: si nos agarramos a él no volaremos nunca.

La enseñanza de los Mensajeros no va dirigida a la libertad de los cuerpos. Y no porque la carne sea mala, sino para advertir que es hija de la materia y de la forma y, por tanto, constantemente cambiante y finalmente perecedera. Recordemos las palabras de Jesús: «Nadie ama más que aquél que da la vida por otro.» Por tanto no hay ser más libre que aquél que ofrece su cuerpo en aras de una mayor libertad espiritual.

Seremos libres finalmente en la muerte. Pero la libertad puede ensayarse disponiendo todavía de un cuerpo material. El Amor a todas las cosas es la gran fuerza que disuelve las cadenas de la carne. No hay persona más libre que aquella que se somete por Amor. Éste es el gran camino olvidado, la asignatura pendiente del hombre del siglo XX.

Sólo una persona libre puede ayudar a liberar a los demás. La libertad hace que uno encuentre su verdadero trabajo, y disponga de tiempo para ayudar al mundo, en silencio. Cuando un cuerpo es gobernado desde el espíritu, por la fuerza del Amor, se transforma en una fuente de armonía y de paz, aunque su plenitud sólo sea visible desde el Amor. Por tanto, uno de los mejores signos para el caminante es aquél que le señala cómo vivir en la materia pero alimentándose del espíritu. La materia es el agua, la barquilla es el cuerpo, la voluntad son las velas y el espíritu es el aire, «que nadie sabe cuándo sopla, ni de dónde viene, ni a dónde va».

La enseñanza es que no hay que desear ser libres, pues esto es tan inútil como desear estar encima de la montaña mientras se la contempla desde el valle. Lo inteligente es tomar decisiones que consigan hacer del

trabajo constante un camino certero hacia la libertad. No hay meta más elevada para el guerrero espiritual que el logro correcto de cada acción, pues sabe que la suma de ellas es lo que produce la paz de los iluminados. De lo contrario, el camino le conducirá a las tinieblas y la confusión.

La libertad iniciática es compleja. Sólo es libre quien hace lo que le conviene; pero sólo puede hacer lo que le conviene aquél que conoce La Ley. A los mandos de un sofisticado aparato biológico, como es el cuerpo humano, no es libre de moverse el que quiere, sino el que aprende a manejarlos y conoce todas las leyes que rigen la vida biológica.

La libertad tiene tantos estadios como niveles de sabiduría se puedan alcanzar. Nuestro actual grado de libertad consiste en movernos dentro de tres dimensiones espaciales y una sola dimensión temporal, de forma que para otros seres más libres, más sabios, nosotros vivimos en una cárcel que a ellos les resultaría insoportable. Desde esta perspectiva Dios es *La Gran Ley*; sólo Él es totalmente libre.

Nuestra reintegración, nuestro camino de regreso a la Unidad, es el del «Saber, osar y callar», porque la libertad implica conocimiento, y éste es la puerta del poder. Si La Ley permitiera libertad y poder por encima de la sabiduría necesaria para ejercerlos, devendría el caos y la destrucción a gran escala. Sin embargo la libertad sirve para alcanzar sabiduría, y ésta exige cada vez mayor libertad. De esta suerte La Ley permite destrucciones y caos en pequeña escala (lo que suele llamarse selección natural de las especies), para que de ellos se aprenda y puedan alcanzarse así progresivas cotas de consciencia.

El conocimiento, como ya dijimos, se inicia con la observación y se fragua al penetrar en lo observado y reflexionar desde allí. La primera consecuencia de esta reflexión es que uno se vuelve prudente y humilde, que son condiciones más que fundamentales para alcanzar mayor consciencia (acercarse a *La Gran Ley*).

Sólo llegando a cierto estadio, empezaremos a darnos cuenta de lo que significa la palabra libertad. A partir de entonces se descubren nuevos valores o aspectos del conocimiento... y no se trata de un descubrimiento teórico o intelectual.

Desde este momento se hace cada vez más patente el concepto de igualdad, ya que comenzamos a percibir que la ley física sólo permite diferentes combinaciones de "lo Mismo", emergiendo esta idea como luminosa aurora en la noche de la ilusión y de las formas. En otras palabras, se habrán disipado las tinieblas de la

ignorancia básica que dividía constantemente nuestra mente en dos: bien y mal, lo que se debe hacer y lo que está prohibido, el mundo de la materia y el mundo del espíritu.

Pero incluso entonces uno sucumbe todavía a la fuerza de la materia que le aprisiona. De ahí que el conocimiento trate de disipar la ilusión: todo lo que se nos antoja malo -a nivel humano- es el resultado de unos condicionamientos culturales, sociales o religiosos.

Llegados a este punto nos gustaría poder enseñar la lección de que el bien y el mal no existen y, por tanto, que nada hay que temer. Pero no es esto, ni mucho menos, lo que en realidad ocurre. El bien y el mal existen en la medida que el ser humano camina por el sendero de la dualidad ... y esto puede llenar mucho tiempo y muchas vidas.

Para entender lo que es el bien y el mal o, lo que es igual, la existencia en un mundo de contrastes, es preciso comprender todo el simbolismo que se nos muestra en la materia, así como haber comprendido, también, que la vida es un camino probatorio sobre el tablero del tiempo, es decir, un camino iniciático.

Y no puede existir camino sin señales. Cuando alguien holla un sendero es guiado por las pisadas de anteriores caminantes y, con el tiempo, el sendero suele convertirse en camino y luego en carretera. Éste es el gran símbolo del laberinto, de las normas sociales a las que normalmente todo caminante se somete, ya que las personas son muy poco dadas a buscar nuevos "trazados" porque esto implica esfuerzo y valentía.

El símbolo de la vida está frente a nosotros: el tiempo es inexorable y, cuando la carretera precisa transformarse en autopista, un nuevo y definitivo trazado se impone, aunque nunca deja de ser, desde las alturas, un complicado laberinto del que sólo logran salir unos pocos iniciados.

Tenemos pues a nuestra disposición una infinita red de caminos y carreteras, con sus mapas correspondientes (religiones y filosofías), que nos ayudan a movernos sin dificultad por zonas determinadas; pero en cuanto queramos ampliar nuestro horizonte y levantar el vuelo ya no nos sirven, porque la simbología de la vida, libro del conocimiento que Dios nos ha puesto delante como guía espiritual, no acepta conceptos fijos ni dogmas. Lo cambiante -sin ser "la realidad definitiva"- es la única forma de intuirlo o incluso, para algunos, de sentirla palpitar dentro de sí.

La necesidad es el motor que nos impulsa a transitar por el mundo,

donde los bordes del camino se definen como "el bien y el mal". Los márgenes son importantes mientras corremos por los senderos de la Tierra; pero resultan totalmente perturbadores cuando levantamos el vuelo. ¡Sí! El hombre puede aprender a volar. Lo que parecía un sueño, un milagro inalcanzable para nuestros antepasados, hoy es una realidad. Ésta es otra señal y otro símbolo.

El bien y el mal, por tanto, no pueden ser en modo alguno reglas o normas fijas, sino en la medida en que uno se mantiene en el mismo nivel de consciencia. Varían según la forma, el momento y lugar del camino por el que transitamos (la sociedad a la que pertenecemos y el momento histórico de la experiencia); y sin embargo transgredir las normas establecidas sobre lo bueno y lo malo puede acarrear pequeños o incluso grandes problemas, según el camino discurra por una desértica llanura o al borde de un precipicio.

Lo bueno y lo malo tienen un valor temporal, anecdótico o local y, por tanto, sus valores son cambiantes según el lugar y las circunstancias; pero, como símbolos de la vida espiritual, deben respetarse sus leyes fundamentales, como se respetan las reglas de juego en una partida de ajedrez. Y, según los Mensajeros, las normas fundamentales del bien y del mal están grabadas en el corazón de cada persona.

Cabe preguntarse si existe algún valor fijo, una orientación inamovible, y el simbolismo de la vida también nos orienta a este respecto: son muy pocas las normas que no sean patrimonio de la voluntad mientras andamos por el mundo físico. El sometimiento ineludible a la gravedad impone una diferencia esencial entre el arriba y el abajo, lo horizontal y lo vertical; pero, por lo demás, en principio casi todo parece válido durante el tránsito por la Tierra.

Hay empero una norma fija; aunque no es demasiado útil para andar sobre la tierra firme. Para utilizarla con eficacia hay que aprender a volar. Así como existe un eje magnético planetario, existe también un eje de orientación espiritual. El compás que nos guía por los mares de la vida es el magnético; el que nos orienta por las alturas del espíritu es el Amor.

Desde este momento se hace cada vez más patente el concepto de igualdad, ya que comenzamos a percibir que la ley física sólo permite diferentes combinaciones de "lo Mismo", emergiendo esta idea como luminosa aurora en la noche de la ilusión y de las formas. En otras palabras, se habrán disipado las tinieblas de la ignorancia básica que dividía constantemente nuestra mente en dos: bien y mal, lo que se debe hacer y lo que está prohibido, el mundo de la materia y el mundo del espíritu.

Pero incluso entonces uno sucumbe todavía a la fuerza de la materia que le aprisiona. De ahí que el conocimiento trate de disipar la ilusión: todo lo que se nos antoja malo -a nivel humano- es el resultado de unos condicionamientos culturales, sociales o religiosos.

Llegados a este punto nos gustaría poder enseñar la lección de que el bien y el mal no existen y, por tanto, que nada hay que temer. Pero no es esto, ni mucho menos, lo que en realidad ocurre. El bien y el mal existen en la medida que el ser humano camina por el sendero de la dualidad ... y esto puede llenar mucho tiempo y muchas vidas.

Para entender lo que es el bien y el mal o, lo que es igual, la existencia en un mundo de contrastes, es preciso comprender todo el simbolismo que se nos muestra en la materia, así como haber comprendido, también, que la vida es un camino probatorio sobre el tablero del tiempo, es decir, un camino iniciático.

Y no puede existir camino sin señales. Cuando alguien holla un sendero es guiado por las pisadas de anteriores caminantes y, con el tiempo, el sendero suele convertirse en camino y luego en carretera. Éste es el gran símbolo del laberinto, de las normas Pero para utilizar este sofisticado instrumento de vuelo no se puede ir andando por los oscuros laberintos de la tierra. Hay demasiados obstáculos en el suelo para aplicar las leyes del cielo. Sin embargo es aconsejable no perderlas de vista ... pues cada día resulta más barato y fácil viajar físicamente por los aires... y esto también es un símbolo a tener en cuenta.

Desde que un aeroplano sale del hangar y empieza a moverse por las pistas de rodaje, hasta haber tomado velocidad suficiente para el despegue, está sometido a unas leyes muy serias y peligrosas (lo que se debe hacer y lo que no se puede hacer, lo que está bien y lo que está mal). Pero unos pocos segundos después de levantar el vuelo todo ha cambiado (las leyes, aunque siguen existiendo -siempre hay una ley- son muy diferentes). Ya nada es igual; y sin embargo es el mismo avión que se mueve. Es en este sentido en el que se han repetido tantas veces aquellas palabras atribuidas a San Agustín: «Ama y haz lo que quieras.»

Amar es "volar". Pero si uno se equivoca, y creyéndose un ser volador no es más que un reptil, puede dar con sus huesos en el manicomio o en cualquiera de los múltiples pozos sociales con nombres como encadenamiento sectario o drogadicción, y caer, finalmente, en la más abyecta pobreza o incluso en la indigencia física y moral.

Para evitarlo son fundamentales dos cosas: conocer donde se encuentra uno y trabajar en consecuencia... y esto nadie lo puede saber mejor que uno mismo. Quizá otro ser que ya esté "volando" pueda ver (más o menos) dónde están sus más cercanos compañeros; pero estos seres son muy escasos, hay muy pocos por desgracia. Y por ello lo más prudente es desconfiar, y escucharse en cambio detenidamente a uno mismo, porque en el fondo de todo corazón humano está la ley grabada en letras de oro.

Y esta ley, que es la única pista segura de despegue para "volar" hacia el centro de la realidad espiritual, es la que han anunciado todos los grandes Maestros: el AMOR.

Toni Bennássar